



POLITICA Y ESTRATEGIA

PALABRAS NUEVAS

Brig. General ROBERTO TORRES QUINTERO

La denominada "Era Atómica" con sus bruscas innovaciones presentes en la energía nuclear, en las partículas anti-materia, en las leyes anti-gravitatorias, en el orden industrial automatizado y excluyente, en la agricultura super-tecnificada, en todo aquel inverosímil proceso de conquistas espaciales, en las ensangrentadas transformaciones políticas y en una sociedad -en fin- que oscila entre la gula y el hambre, es una Era cuya evolución insospechada nos obliga a ensanchar el significado de los vocablos, a readaptar expresiones, a renovar conceptos y a configurar nuevos juicios.

Evidentemente, si con Maquiavelo la política es el arte de gobernar Estados y con Moltke la estrategia es la ciencia que indica la mejor vía que conduce a la batalla, nadie negará que estas doctas definiciones no sirven sino a la crítica histórica de las épocas en que fueron proclamadas. En los tiempos actuales, convulsos y complejos, en los cuales gobernar un Estado no es ya un acto insular sino de correlación permanente, se hace válido meditar si la política no será más bien la voluntad de convivir jurídicamente los Estados o la ciencia quizás de coexistir amedrentándose. Cuanto a la estrategia, no será ya la preparación de los itinerarios cuyo delta es el mar

de la batalla sino presumiblemente la ciencia de robustecerse tanto un Estado en todos los órdenes de su vitalidad, que logre de este modo amenazante disuadir al adversario de que concurra a la batalla.

De ser ciertas semejantes ideas, lo único inseguro para un concierto de naciones, (BLOQUE, como hoy en día se dice abruptamente) es no planificar de consuno su realización firme y metódica. Digo un **concierto de naciones** porque política y estratégicamente ya no existe la nación solitaria. No existe la nación solitaria por poderosa que sea ella en apariencia. Por esto y para citar un ejemplo que a todos nos concierne, los Estados Unidos de Norte América adoptaron política y estratégicamente una conducta extracontinental, como antípoda del aislacionismo que resultó funesto, y la Unión de las Repúblicas Socialistas Soviéticas ha logrado construir un vasto escenario de naciones coaligadas bajo una misma férula y un igual caticismo. No se hable, pues, de la "estrategia alemana" ni de la "política inglesa", como receta de la cocina estratégica ni como recurso de la despensa política: esas nociones así, con nombre propio, patente de invención y marca de fábrica, pasaron a los cartularios muertos del archivo humano.

Sobre tales fundamentos se llega a concluir que Colombia no puede comportarse en lo político ni en lo estratégico con caracteres que le sean absolutamente originales, sino que tales intereses han de combinarse con los de sus vecinos, con los del continente en que vive, con los de las naciones que resisten el duro compromiso de ser democráticamente libres y esencialmente cristianas. La política colombiana, como acción pertinente al Estado colombiano con abstracción de los demás Estados, queda circunscrita a conformarse con su régimen jurídico-legal, a ejercer la autoridad que le otorga la Carta y a cumplir con los mandamientos populares. La estrategia dentro del mismo molde se identifica con la táctica para reprimir la indocilidad pública y solo cobraría algún aliento si en un momento dado las fronteras geográficas se trocaran en líneas de partida de las odiosidades nacionales.

Resalta la necesidad de no seguir haciendo tan empecinadamente unilaterales los cauces de la "política interna" hasta el extremo de que sus decisiones se contrapongan con los compromisos que obligan internacionalmente o provoquen riesgo o perjuicio a la comunidad de pueblos en cuya grata órbita se mueve el mundo libre. En homenaje a la concordia y a la unión sincera de las naciones afines, es preciso restarle un poco a la soberanía su ancestral arrogancia política, su nacionalismo amanerado y soberbio y su encerramiento económico.

No obstante, el sentido político de la frontera está intacto en las gentes y puede seguir siendo germen de luchas armadas aún entre los Estados que blasonan de su amistad y predicen que la seguridad de su destino

estriba en la plenitud de la mutua comprensión. La estrategia -en cambio- carece de fronteras en fuerza del avance de la tecnología y por eso la batalla futura adoptará una intensidad apocalíptica y tendrá como campo toda la extensión planetaria. La estrategia no es de la exclusividad ni del arbitrio de las naciones fuertes, de las más civilizadas, de las que se apellidan "grandes". La estrategia para el coloso y para el débil es el programa conjunto que realicen uno y otro para asegurar su propia fortaleza como el aporte que necesita la sociedad de naciones de la cual hagan parte. La República de Cuba agrietó la estrategia de Occidente; la República de Albania ha hecho que se miren recelosas las dos gigantescas potestades de Oriente.

Colombia, como pequeño mundo de la constelación occidental, puede incorporarse a servir una tesis político-estratégica, coadyuvada a su turno por cada nación del hemisferio y obediente a un planeamiento coordinado, realista y alcanzable, que sea el corolario tanto de un acuerdo entre naciones como de una briosa iniciativa de cada componente de la coalición. Es obvio que la dificultad de llegar entre democracias por la vía de las discusiones libres, del derecho a disentir, de la facultad de autodeterminación y de la política de no intervenir en los asuntos domésticos de los Estados a concretar modos eficaces de acción colectiva en lo estratégico y en lo político, constituye un proceso lleno de escabrosidades, prolongado en el tiempo extraordinariamente, sujeto a la voluntad elusiva de gobernantes y Congresos, revisado mil veces y otras mil controvertido. Esa es la debilidad que singulariza nuestro sistema, la que no le permitirá arrebatarle la batuta al oponente dictatorial que esta-

rá por mucho tiempo dirigiendo la orquesta. Pero así queremos ser más acá de la cortina de hierro aun cuando sea con el temor de no sobrevivir contra la política de expansión y predominio, contra la estrategia de la destrucción instantánea.

Estrategia y Política son, pues, dos palabras nuevas para traducir al rigor del nuevo idioma que ha incorporado en su léxico locuciones que repite el pueblo con familiaridad inocente: "Guerra de nervios", "Guerra fría", "Fuerzas de disuación". Y más recientemente: "Naves espaciales", "Astronautas", "Satélites"...

Nuestra Colombia como participe del concierto americano y como entidad nacional que debe salvaguardar su prestigio y su existencia, ha de señalar dentro de cada formidable terreno y aquí tiene la palabra nuestro

Estado Mayor Conjunto- los objetivos más sobresalientes por su perdurabilidad y su importancia para América.

Pensar en lo político y realizar en lo estratégico mancomunadamente, procomunamente, para que luego surjan los planes que hayan de objetivizarse como la concreción de aquellos pensamientos, he aquí la razón suprema de todas las razones para convocar una Conferencia hemisférica de Estado Mayor en la cual podamos los militares sentarnos a la mesa redonda de la deliberación profesional a develar y medir para estas horas que vivimos y bajo la inspiración memoriosa de nuestros propios próceres, el grande enigma de la sobrevivencia americana.

Quedan la propuesta formulada y la invitación escrita.

La definición de Clausewitz, en su obra monumental sobre la guerra "La estrategia es el arte de emplear las batallas como medio para lograr los objetivos de la guerra. En otros términos, la estrategia establece el plan de guerra, trata el curso de las distintas campañas que la componen y regula las batallas que han de librarse en cada una" tiene el defecto de que introduce la técnica guerrera en el dominio de la política o alta dirección de la guerra, la cual cae necesariamente bajo la responsabilidad de los Gobiernos y no de los jefes militares que aquéllos emplean como agentes ejecutivos de las operaciones.

Capitán Liddell Hart.